



El poder de la lectura

Geografías del libro, el lector y la edición
en el ensayo y la literatura

José Antonio Cordon García
María Muñoz Rico

Universidad y Lectura

 Marcial
Pons

Colección

Universidad y Lectura

Mar Campos Fernández-Fígares
Eloy Martos Núñez
José M.^a Pérez Collados
(dirs.)

EL PODER DE LA LECTURA
Geografías del libro, el lector y la edición
en el ensayo y la literatura

COMITÉ CIENTÍFICO
DE LA COLECCIÓN «UNIVERSIDAD Y LECTURA»

Gustavo Bombini
(Univ. de Buenos Aires)

Jordi Canal
(EHESS, París)

Analía Gerbaudo
(Univ. del Litoral, Argentina)

José Carlos Mainer
(Univ. de Zaragoza)

Elsa Ramírez
(Univ. Nacional Autónoma de México)

Carlos Reis
(Univ. de Coimbra)

Roger Chartier
(Collège de France)

Giovanna Zaganelli
(Univ. Extranjeros Perugia)

JOSÉ ANTONIO CORDÓN GARCÍA
MARÍA MUÑOZ RICO

EL PODER DE LA LECTURA

Geografías del libro, el lector
y la edición en el ensayo
y la literatura

Prólogo de
Emilio Pascual

RED INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES LECTORAS

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© José Antonio Cordon García y María Muñoz Rico
© MARCIAL PONS
EDICIONES JURÍDICAS Y SOCIALES, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 MADRID
☎ (91) 304 33 03
www.marcialpons.es
ISBN: 978-84-1381-747-7
Diseño de la cubierta: ene estudio gráfico
MADRID, 2023

Para María, José Antonio y Carmen,
que crecieron entre libros.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PROLOGO. EL PODER DE LOS PODERES.....	15
INTRODUCCIÓN: LA LECTURA Y LA CULTURA DEL LIBRO	21
El trato con los libros: Bury, Montaigne y los libros voladores.....	25
Una disciplina en desarrollo.....	29
ESTUDIOS Y ENSAYOS SOBRE LA LECTURA.....	35
Historia de la lectura	35
La lectura digital.....	41
La lectura digital como problema.....	68
Sobre el placer de la lectura.....	87
El placer como heterodoxia asimilada: el imperio de lo impreso.....	91
Lo digital o el juego de los placeres electivos: la intervención del lector.....	94
Formas de leer: del canon a las prácticas heterodoxas	97
No leer o el leer fingido.....	104
Darse a la lectura o el canon asimilado.....	117
Lecturas exógenas y miradas especializadas	137
La mirada de los escritores	140
Leer como un profesor.....	151
Las miradas del lector editorial y del editor	168
La mirada del crítico.....	189
La mirada del corrector.....	195
La mirada del diseñador, una forma de lectura estética y visual.....	200
LAS MEMORIAS Y ESTUDIOS SOBRE EL LIBRO Y LA EDICIÓN.....	209
Memorias editoriales	219
Conmemoraciones, estudios e historia de la edición	250
Librerías y librereros.....	285

	<u>Pág.</u>
EL LIBRO Y SUS ALREDEDORES EN LAS OBRAS DE FICCIÓN	315
Las librerías.....	315
Las bibliotecas.....	346
La edición.....	372
La novela de campus: la lectura desde la investigación y la docencia	403
La figura del lector	416
EPÍLOGO.....	439
BIBLIOGRAFÍA.....	445
ÍNDICE DE AUTORES.....	463
ÍNDICE DE TÍTULOS.....	473

ÍNDICE DE FIGURAS

	<u>Pág.</u>
Figura 1. El papel del libro y la lectura durante el periodo de confinamiento.....	22
Figura 2. Sentimientos ante la lectura durante el confinamiento	23
Figura 3. Edición no venal de Filobiblión	26
Figura 4. Cubierta De los libros	27
Figura 5. Cubierta de Los fantásticos libros voladores	28
Figura 6. Cubierta de La calle de la reina Ester	29
Figura 7. Cubiertas de Una historia de la lectura.....	37
Figura 8. Cubierta de Historia de la lectura en el mundo occidental.....	41
Figura 9. Cubierta de Cultura escrita y textos en red	43
Figura 10. Cubierta de Cómo leemos en la sociedad digital.....	46
Figura 11. Cubierta Del café al tuit.....	51
Figura 12. Cubierta de Las redes de lectura	59
Figura 13. Cubierta de Lectura, sociedad y redes.....	64
Figura 14. Cubierta de Digital social reading	65
Figura 15. Contenidos de la obra de Pianzola	66
Figura 16. Cubierta de Elegía a Gutenberg.....	69
Figura 17. Ilustración de la obra de McLuhan y Fiore	76
Figura 18. Cubierta de Qué vemos cuando leemos	77
Figura 19. Cubierta libro interactivo de Mendelsund.....	78
Figura 20. Cubierta de Homenaje	86
Figura 21. Cubierta de Como una novela.....	97
Figura 22. Cubierta de Contra la lectura	100
Figura 23. Cubierta de Los demasiados libros.....	103
Figura 24. Cubierta de Cómo hablar de los libros que no se han leído.....	105
Figura 25. Cubierta de Si quieres... lee.....	110
Figura 26. Cubierta de Si una noche de invierno un viajero	115
Figura 27. Cubierta de Leer contra la nada.....	118
Figura 28. Antonio Basanta, Razones para la rebeldía.....	120

	Pág.
Figura 29. Cubierta de El infinito en un junco	121
Figura 30. Cubierta de El giro	128
Figura 31. Cubierta de La sabiduría de lo incierto	131
Figura 32. Cubierta de Primitivos de una nueva era	134
Figura 33. Cubierta de La furia de la lectura.....	135
Figura 34. Cubierta de Un lector llamado Federico García Lorca	142
Figura 35. Imagen de la exposición Los libros de Cortázar.....	144
Figura 36. Exposición Cortázar y los libros.....	145
Figura 37. Cubiertas de las diferentes ediciones de Cortázar y los libros	146
Figura 38. Ejemplo de texto anotado por un autor	147
Figura 39. Cubierta de Las bibliotecas perdidas	148
Figura 40. Cubierta de Donde se guardan los libros	149
Figura 41. Cubierta de Los reinos de Papel.....	150
Figura 42. Cubierta de Leer como un profesor.....	153
Figura 43. Cartel del congreso La lectura de las ciencias humanas y sociales.....	154
Figura 44. Cubierta de Fronteras Permeables.....	155
Figura 45. Cubierta de Literatura en el laboratorio.....	159
Figura 46. Cubierta de La segunda mano	162
Figura 47. Modelo ficha lectura editorial.....	172
Figura 48. Cubierta de Noticias de libros.....	175
Figura 49. Cubierta de Los libros de los otros.....	177
Figura 50. Cubierta de La cena de los notables	191
Figura 51. Cubierta de Último inventario antes de liquidación	193
Figura 52. Cubierta de Antes de que se me olvide	196
Figura 53. Cubierta de Confesiones de un corrector.....	197
Figura 54. Cubierta de El diseño gráfico	205
Figura 55. Cubierta de El libro de los Libros	206
Figura 56. Obras más vendidas según El Cultural	211
Figura 57. Cubierta de Memorias de Carlos Barral.....	220
Figura 58. Cubierta de Opiniones mohicanas	221
Figura 59. Cubierta de Un día en la vida de un editor	223
Figura 60. Cubierta de Los papeles de Heralde	225
Figura 61. Cubierta de Lo peor no son los autores	227
Figura 62. Cubierta de Oficio editor	231
Figura 63. Cubierta de La batalla de Waterloo.....	234
Figura 64. Cubierta de Confesiones de una editora un poco mentirosa	238
Figura 65. Cubierta de Travesías	242
Figura 66. Cubierta de Giulio Einaudi en conversación con Severino Cesari	244
Figura 67. Cubierta de El oficio de editor	245
Figura 68. Cubierta de Cuando editar era una fiesta.....	246
Figura 69. Cubierta de Leonardo Sciascia, escritor y editor	248
Figura 70. Cubierta de Cien cartas a un desconocido	249

	<u>Pág.</u>
Figura 71. Cartel exposición Ruedo Ibérico en la Residencia de Estudiantes	255
Figura 72. Cubierta de Edición y compromiso: Rafael Giménez Siles	255
Figura 73. Cubierta de Retazos de una vida	257
Figura 74. Cubierta de Círculo de lectores. Historia y trascendencia de un proyecto cultural	262
Figura 75. Cubierta de Jérôme Lindon	264
Figura 76. Cubierta y presentación de El autor y su editor	266
Figura 77. Cubierta de Tiempo de editores	272
Figura 78. Cubierta de Pasando página	274
Figura 79. Cubierta de Las guerras del libro	280
Figura 80. Página de El arte nuevo de hacer libros	285
Figura 81. Cubierta de Librerías	288
Figura 82. Cubierta de La librera y los genios	290
Figura 83. Cubierta de 84, Charing Cross Road	291
Figura 84. Cubierta de La librería más famosa del mundo	296
Figura 86. Historial de James Joyce en Shakespeare and Company	297
Figura 85. Página web de Shakespeare and Company project	297
Figura 87. Imagen del libro de pagos de J. Joyce en Shakespeare and Co.....	298
Figura 88. Cubierta de Nuestras riquezas.....	299
Figura 89. Cubierta de Memorias de un librero	301
Figura 90. Cubierta de Rialto 11	305
Figura 91. Cubierta de Nunca te hagas librero.....	307
Figura 92. Cubierta de Desde el ojo del huracán	310
Figura 93. Cubierta de Cosas raras que se oyen en las librerías	312
Figura 94. Cubierta de Las chicas de Bloomsbury.....	320
Figura 95. Cubiertas de La librería ambulante y La librería encantada	321
Figura 96. Cubierta de Mendel el de los libros	324
Figura 97. Cubierta de La librería	326
Figura 98. Cubierta de La Buena Novela.....	329
Figura 99. Viñeta sobre los gatos en la versión francesa de Revenge of the librarians.....	337
Figura 100. Cubierta de El gato que amaba los libros	338
Figura 101. Cubierta de El fantasma de las palabras.....	344
Figura 102. Cubierta de El gabinete mágico	347
Figura 103. Cubierta de Bibliotecas imaginarias	354
Figura 104. Cubierta de Signatura 400.....	360
Figura 105. Cubierta de La biblioteca secreta	371
Figura 106. Cubierta de La nueva Grub Street	375
Figura 107. Cubierta de El gancho.....	377
Figura 108. Cubierta de Bestseller	384
Figura 109. Cubierta de Sin palabras	387
Figura 110. Cubierta de Un asunto del diablo.....	389
Figura 111. Cubierta de Musa.....	392

	<u>Pág.</u>
Figura 112. Cubierta de Mirlo blanco, cisne negro	395
Figura 113. Cubierta de La experiencia.....	399
Figura 114. Cubierta de Estabulario	399
Figura 115. Cubierta de Rara Avis	400
Figura 116. Cubierta de El japonés del Quijote.....	430
Figura 117. Cubierta de Breve diccionario de Enfermedades (y necesidades) literarias	431
Figura 118. Cubierta de Francis Plug: cómo ser un autor público.....	433
Figura 119. Imagen de una de las firmas conseguidas por Francis Plug	434
Figura 120. Cubierta de Biblioteca Bizarra	435
Figura 121. Cubierta de El Mundillo Literario	436
Figura 122. Ilustración de La venganza de los bibliotecarios	437

PROLOGO

EL PODER DE LOS PODERES

Nadie ignora la desconfianza de Lichtenberg hacia los prólogos: «Al prólogo se le podría llamar pararrayos», dijo. Pero este libro de José Antonio Cordón y María Muñoz Rico es tan poderoso ya desde el título que no necesita ningún pararrayos, y menos de un simple aficionado a los libros y a la lectura.

Manguel nos llamó la atención sobre la lectura «como acto de poder y rebeldía». En un ensayo de ensayos tras la sugerente introducción, los autores de *El poder de la lectura* analizan el pasado, presente y futuro del libro, y recogen el título de Geoffrey Nunberg, *El futuro del libro: ¿esto matará eso?* Hubo un personaje de Victor Hugo, Dom Frollo, archidiácono parisino de Notre-Dame de París, que ya predijo de algún modo este título. Dom Claude Frollo, que barruntaba el derrumbe definitivo de la Biblia pauperum en piedra, había dicho: «Esto matará aquello. El libro matará al edificio». Y comenta el autor:

Era el presentimiento de que el pensamiento humano, al cambiar de forma, cambiaría también en la expresión, que las ideas capitales de cada generación no iban a tratarse ya del mismo modo ni a escribirse de la misma manera; que el libro de piedra, tan duro y perdurable, iba a ceder el sitio al libro de papel, más sólido y más perdurable aún. Quería decir: la imprenta matará a la arquitectura. [...] La invención de la imprenta es el acontecimiento más grande de la historia; es la madre de todas las revoluciones; es el modo de expresión de la humanidad que se renueva totalmente; es el pensamiento humano que se despoja de una forma para vestirse con otra; es, en una palabra, el definitivo cambio de piel de esta serpiente simbólica que desde Adán representa la inteligencia, (Notre-Dame, Vol. 2, Catedral, 1985, pp.209 y 216).

La nueva realidad social y técnica ha impulsado los estudios sobre el libro y la preocupación por su destino, ahora que los soportes apuntan formas hasta hace bien poco desconocidas e insospechadas. Los estudiosos han

empezado a fijarse en «las virtudes y defectos de las prácticas de lectura y los nuevos medios». Hay estudios dedicados a la configuración del cerebro y la evolución de la especie humana debidas a la lectura: Sánchez Ferlosio diagnosticó que la lectura es la gimnasia del cerebro. Y eso que hubo un tiempo en que el grado de analfabetismo era tal que dio origen al lector de oídas, como la distancia a los enamorados clásicos. Recuérdese que uno de los grandes lectores del Quijote fue un analfabeto: el ventero Juan Palomeque el Zurdo, que aprovechaba la aparición de lectores ocasionales por la venta para regocijarse con los papeles que tenía en una maleta reservados como en un sagrario. La práctica de leer en voz alta para quienes no sabían hacerlo pervivió hasta bien avanzado el siglo XIX, y el éxito de los folletones se debió en parte a tales hábitos. Sabemos que Dickens fue un maestro consumado en el arte de leer sus propias novelas en voz alta.

El mundo del libro ha cambiado radicalmente desde aquellos libros ambulantes, como los llamaba Ortega, con el prodigioso rendimiento de su memoria para retener epopeyas enteras y muchos más versículos de los que podía premiar el pastor de Tom Sawyer. Hoy la memoria personal parecería menos necesaria ante la herramienta portentosa, pero no definitiva, y de algún modo aquejada de la misma vulnerabilidad. Si las bibliotecas pueden estar sujetas a incendios e inundaciones, la nube puede esfumarse como los pies del resucitado durante su ascensión al cielo. A este respecto es muy oportuna la cita de Marx («todo lo sólido se desvanece en el aire») que invoca Luca Ferrieri y recoge nuestros autores.

Pero es que además la ausencia de memoria implica también la infrautilización de la herramienta, porque, aunque no se conozca de memoria que en tal libro o autor se ha escrito lo que se busca o algo relacionado con ello, mal se puede encontrar lo que ni siquiera se sabe que existe. Es cierto que el libro impreso ayudaba a la memoria locativa, cosa que en el digital desaparece. Por eso el rendimiento de la técnica depende en buena parte del aprendizaje correcto de su uso. Los autores citan a Scolari, el cual constata que «por mi experiencia, en las últimas dos décadas he descubierto autores y obras de los que, si hubiera ido a una librería tradicional, nunca me habría enterado de su existencia». De esto mismo soy testigo porque, en el transcurso de la composición del Libro de las bibliotecas imaginarias, es altamente improbable que hubiera llegado a autores y obras que casi gozaban de la aureola de la ficción. Sensu contrario, es una herramienta peligrosa, porque manejada sin discreción puede conducir a los más hilarantes abismos de la simplicidad: nunca se ha citado tanto como hoy, pero nunca como hoy proliferan las citas falsas, los textos deturpados, las atribuciones erróneas o tendenciosas. Si en nuestra niñez el texto impreso era algo indiscutible ante el que hacíamos genuflexión reverencial, ahora esa sacralización se ha trasladado a la red, y lo que aparece en pantalla se reproduce alegremente sin verificación alguna.

Está ocurriendo, por ejemplo, con ese extraño prestigio del latín, ahora que ni se enseña ni se aprende. Hay autores que ni siquiera saben lo que es una declinación, pero sienten veneración por las divinas palabras, como

aquel pueblo galaico ante el sacristán de Valle. Sabemos que «el mundo de la cita atraviesa la historia de la cultura escrita», según transmite Antoine Compagnon, como nos recuerdan nuestros autores, y así no sorprende la búsqueda obsesiva en esa red de pescar incautos que es internet. Hubo un tiempo en que la cita era el *argumentum auctoritatis*, pues sabemos que el mismo aserto no tiene el mismo valor, o la misma auctoritas, si lo dice tu vecino que si lo proclama Aristóteles, como muy bien sabía el autor del Filobiblión. Por otra parte, la misma cita no siempre tiene el mismo significado, dependiendo del lugar y del contexto en que esté inserta. La cita interesada es frecuente y comprensible en el mundo de la auctoritas.

Volvamos la vista atrás. De pronto, al lado de aquellos ejemplares únicos y primorosamente miniados, apareció la imprenta. Si la imprenta fue un primer paso en el camino de la socialización de la lectura, internet ha abierto la socialización de la escritura. También es cierto que «la escritura desatada», sin filtros ni censura (en teoría), ha dejado «la literatura a la intemperie», por utilizar el título de Vicente Luis Mora. La sobreinformación genera rapidez y acaso superficialidad, frente a la lentitud y reflexión que reclamaba Kundera. El célebre *timeo hominem unius libri* ahora es prácticamente imposible. Y sin embargo sabemos que si uno tiene un libro de percha bien utilizada, es capaz de colgar de ella las variaciones musicales más inesperadas.

Algo, o mucho, hay de «rebaño digital». Algo, o mucho, de los síndromes de abstinencia, la ansiedad de estar desconectado de lo que ocurre ahí fuera. Sin embargo, es difícil ir contra el sentido de la historia, y tal vez también aquí haya que recurrir al paulino *omnia probate: quod bonum est tenete* (1 Tes 5,21). Quedarse con lo bueno es signo de inteligencia. Por lo demás, la historia nos ofrece algún aviso digno de consideración. No olvidemos que tampoco la imprenta se impuso sin resistencia, y todavía siglo y medio después de su invención, don Diego de Saavedra Fajardo, ponderando las ventajas del manuscrito sobre el libro impreso, se quejaba del daño que producía a la república literaria la «estudiosa gula», de la cual —decía él— tenía «mucha culpa la imprenta, cuya forma clara y apacible convida a leer; no así cuando los libros manuscritos eran más difíciles y en menor número. Quizá por esto se aventajaron en las artes y ciencias los romanos, y los griegos más, porque estudiaban en menos» (Rep. lit., «Al lector»). Una cita que no necesita refutación ni comentario. Y nuestros autores recogen otra reflexión de Maryanne Wolf, que, sin ser complaciente, piensa que ni todo es desesperación ni todo está perdido: «Si actuamos sabiamente en esta encrucijada cultural y cognitiva, estoy convencida de que, como Charles Darwin esperaba para el futuro de nuestra especie, forjaremos circuitos cerebrales de lectura cada vez más elaborados y capaces de encontrar «infinitud de formas, las más bellas y portentosas»».

Y es que la mitificación tampoco resuelve mucho. Al fin y al cabo, la palabra libro es ambivalente, y lo mismo puede ser un objeto («una cosa entre las cosas», según la sentencia borgesiana) que un concepto, un mero soporte del contenido que se nos transmite. Pero sea una cosa o un ser vivo (¿por

qué no aplicarle el *sunt lacrimae rerum* virgiliano?), sabemos que una de las razones de la prosperidad de la especie humana ha sido su capacidad de crear y entretrejer ficciones, que pueden compartirse a distancia y por otros congéneres completamente ignorados y desconocidos. Se puede discutir o no si «imaginar una historia es hacer una reducción de la realidad», pero no podemos olvidar que, incluso en la fenomenología más exigente, el «estudio de los fenómenos» no puede prescindir de la conciencia que los percibe. Y sin necesidad de caer en el idealista *esse est percipi* de Berkeley, es cierto que en definitiva los fenómenos pueden estudiarse porque se perciben y en tanto que se perciben. Lo cual no quiere decir que las ficciones, por el hecho de ser compartidas, sean siempre y necesariamente saludables para la propia especie.

Una de las percepciones de la obra inagotable de Cordón y Muñoz Rico es que el libro ya forma parte indisoluble de la ficción contemporánea. Christopher Morley, que deseaba que los libros circularan como la sangre por las venas de la nación, llamaba «ciudadela del delito» a la librería ambulante que paseaba en un carromato por las tierras de Estados Unidos, casi como Swedenborg cuando hablaba con los ángeles por las calles de Londres. He ahí el libro y las bibliotecas, que podrían resumirse en ese memorable deseo de Vila-Matas en *Bartleby* y compañía: «Daría lo que fuera por poseer la biblioteca imposible de Alonso Quijano o la del capitán Nemo. Todos los libros de estas bibliotecas están en suspensión en la literatura universal, como lo están también los de la biblioteca de Alejandría, con esos 40.000 rollos que se perdieron en el incendio provocado por Julio César».

El poder de la lectura: geografías del libro, el lector y la edición en el ensayo y la literatura. Estamos ante un obra por momentos apasionante y adictiva como la mejor novela de aventuras. Por ejemplo, cuando cuenta las del recorrido desde las meninges del autor al libro impreso y «el debate en torno al complejo mundo del libro, la edición y la lectura». Aquí se narran los recuerdos de editores y libreros; los problemas de edición y las memorias editoriales, «cuando editar era una fiesta», o no tanto; cuando podía ser también una pesadilla, o cuando lo peor no tenían por qué ser los autores, los empresarios o los agentes de derechos; las relaciones de amor-odio de autores y editores; los celos y envidias entre escritores; la tiranía de los agentes literarios y las ferias y congresos editoriales con sus «traiciones, falsedades, estafas, timos», según relata ese «avieso delator de las tramas que se ocultan tras de muchos éxitos editoriales» que es Martin Amis, en *Visitando a Mr. Nabokov* y otras excursiones; las librerías que condensan un mundo, quizá como el viejo *τόπος* del pequeño mundo del hombre; crónicas como la seminovelsca de *La librería más famosa del mundo*, de Jeremy Mercer, o el nombre de la de Edmond Charlot, «Las verdaderas riquezas», en alusión al libro de Giono en que propugna que «las verdaderas riquezas son la tierra, el sol, los arroyos y, finalmente, también la literatura». Hay que añadir el sabroso anecdotario de libreros y clientes, que es tan entretenido como inextinguible. Yo recuerdo el de aquel riguroso comprador que pidió los *Milagros de Nuestra Señora*, y cuando el librero, en su afán por la información exacta, añadió:

«De Berceo», el cliente repuso con firmeza: «No, no; si no son de Nuestra Señora no los quiero».

El poder de la lectura es un libro poliédrico, de una riqueza tan inagotable como polivalente. Por supuesto que incide desde cada ángulo, y tiene muchos —no solo in angulo cum libro—, sobre la lectura y la relectura (a este respecto Vivian Gornik es evocada por las Cuentas pendientes con la lectura del pasado); recorre también la figura y tipología del lector, con su presencia y ausencia de la circun-stancia: leer, según Pariser, es «un estado de trance que pone sordina al mundo exterior». Lo de que el libro acaba haciéndolo el lector no es nuevo. Ya Borges lo había añadido en el mismo lugar recordado más arriba, y, si recurrente, no por ello menos verdadero: «Mientras no abrimos un libro, ese libro, literalmente, geoméricamente, es un volumen, una cosa entre las cosas. Cuando lo abrimos, cuando el libro da con su lector, ocurre el hecho estético». En suma, es este un espléndido libro sobre el libro ya desde el título. Pero lo es al mismo tiempo de historia, sociología y estadística. Es un libro a su vez sobres lectores, autores de todo tipo y editores. No es este el lugar de transcribir el índice, pero sí el de sugerir al lector que empiece por él, porque no sólo es un indicador: es un sumario y un mapa.

Es además una antología de valor inapreciable, en la que no faltan textos que podrían figurar en cualquier antología del libro que se precie, como el ingenioso y humorístico «Decálogo del escritor» de Monterroso; o la clasificación de los libros de Italo Calvino ante un lector deciso o indeciso; o las razones para leer, de Antonio Basanta, como un acto de rebeldía, casi podríamos añadir como otro «panfleto contra el todo»; la inteligente glosa de El infinito en un junco; o, en fin, esa especie de manifiesto sobre la novela que defiende Francesca en La buena novela de Caussé.

Otra antología es la de las imágenes e ilustraciones, que, aparte de la galería que muestra y el estilo de diseñadores y editores, resulta una auténtica exposición de más de un centenar de cubiertas, a través de las cuales se hace un repaso de los aspectos teóricos y narrativos de los diseños y su repercusión en el lector. En este sentido, los autores exhiben una envidiable panoplia de cubiertas que casi te causan desazón porque querrías tenerlas todas en tu biblioteca, otro de los peligros que este prodigioso libro encierra. Un peligro, porque causan tal adicción que el lector querría ver más, cosa en la que —supongo— también el editor habrá debido poner límite y coto en algún sitio.

Es, finalmente, una amplísima, variada y selecta bibliografía comentada, que muestra la cultura de los autores, la calidad y cantidad de las múltiples lecturas que sustentan esta obra poderosa. En estos tiempos sin tiempo para la lectura pausada y reflexiva, es tanto más de agradecer cuanto que nos coloca ante los sucesivos espejos que reflejan nuestro deseo de absoluto y nuestra limitación para alcanzarlo. Y es también un guiño malicioso a Pierre Bayard, pues a su pregunta Cómo hablar de los libros

que no se han leído, por mi parte la respuesta es muy sencilla: habiendo leído al menos este.

Este prólogo no pretende agotar la riqueza de este libro y apenas ha cruzado sus umbrales. Pero creo que ya se me ha ido la mano, olvidando el contundente anatema de Quevedo en otro prólogo, el de *El mundo por de dentro*: «Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos».

Emilio Pascual

INTRODUCCIÓN: LA LECTURA Y LA CULTURA DEL LIBRO

Relata Dubravka Ugresic que, siendo docente, en un momento determinado se dio cuenta de que su asignatura se estaba convirtiendo en una lista de notas a pie de página. Sus alumnos sabían quiénes eran Lacan, Derrida, y Žižek, pero el número de libros que leían era sorprendentemente reducido (Ugresic, 2013, p.203). La lectura constituye una competencia básica para un universitario. Esta afirmación, que hace unos años podría parecer ridícula, por evidente, hoy cobra sentido a la luz de las estadísticas, informes y experiencias que se conocen respecto a esta práctica en el ámbito académico. Esta reflexión no es una lamentación sobre la prédica de que todo tiempo pasado fue mejor, sino la constatación de un cambio de tendencias y hábitos en los que la introducción de prácticas culturales que compiten por captar la atención de los estudiantes ha propiciado el debilitamiento de una actividad hasta hace muy poco consustancial con los estudios superiores.

El hecho es que no solo se ha producido una disminución de las prácticas letradas de lectura, sino también un desmoronamiento del concepto de esta como fuente de prestigio y reputación, hasta el punto de que el reconocimiento de su ignorancia o indiferencia hacia la misma, origen de cierta mala conciencia que falseaba las respuestas en las estadísticas de lectura, tiende a desaparecer. El fenómeno de la lectura intensiva, la figura del lector intensivo, tiende a disminuir en beneficio de otro tipo de lector más esporádico u ocasional.

En sí, la diversificación de los sistemas de culturalización no debe de representar un problema. Solo comienza a serlo cuando esta diversificación apunta al signo contrario, el de la homogenización de los mismos, reducidos a unos pocos canales y a unas mismas fuentes, reiteradamente replicadas.

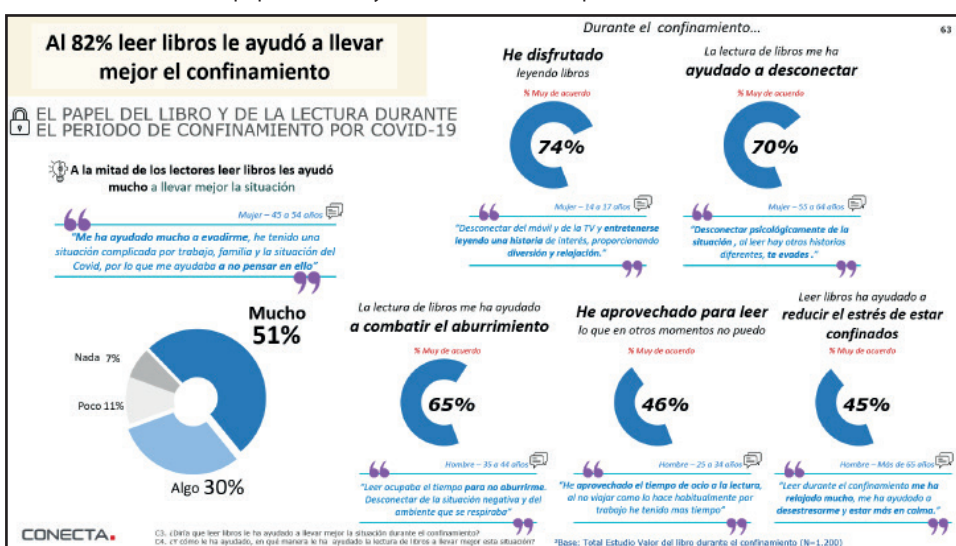
Hemos de ser conscientes de que la lectura constituye una práctica anómala, que exige esfuerzo, concentración, y disciplina, y que por lo tanto nunca constituirá, como no lo ha constituido nunca, una propensión natural que se pueda generalizar, como ocurre con la música o con la televisión, con las redes

sociales o con el WhatsApp. Nunca se ha leído mucho, y nunca se va a leer mucho, en contra de lo que opinan los que Jordi Gracia había calificado como Intelectuales melancólicos, aquellos que practican la jeremiada militante de la ilusión retrospectiva. Somos conscientes de que el canon literario prevalece porque se inscribe en un circuito prescriptor de carácter académico, no porque suscite una alta demanda de mercado. Las tiradas de los libros han ido disminuyendo paulatinamente, fruto de una mejor adaptación a su audiencia, sin duda, pero también de un progresivo abandono de la compra y lectura de libros como sistema de información.

La aparición de nuevas tecnologías y formatos representa la apertura de nuevas ventanas de accesibilidad, pero no de generación de gustos y tendencias. Los libros electrónicos o las revistas digitales apenas tienen ni tendrán incidencia en los valores estadísticos de esta que, en todo caso, suele dar un resultado de suma cero, fruto de la migración entre formatos.

El episodio del confinamiento obligado a que se vio sometida la población durante gran parte del año 2020, hizo vislumbrar una ruptura radical respecto a dos tradiciones fuertemente asentadas en las prácticas culturales, la relacionada con las preferencias de ocio por aquellos formatos menos exigentes intelectualmente, como los juegos, audiovisuales, etc.; y la relacionada con la preferencia por el papel y el entorno impreso en detrimento de los formatos digitales que, después de un periodo de fuertes expectativas habían quedado relegados a un segundo plano. A tenor de las estadísticas ofrecidas por los organismos oficiales en todo el mundo, provenientes principalmente de los ministerios de cultura o secretarías asociadas al mundo de la lectura, esta se incrementó considerablemente durante la pandemia, alcanzando niveles inesperados, que suscitaron la presunción de una tendencia llamada a consolidarse. En el informe Hábitos de Lectura y compra de libros relativo al año 2020 se

FIGURA 1. El papel del libro y la lectura durante el periodo de confinamiento.



Fuente: Hábitos de lectura y compra de libros 2020.

FIGURA 2. Sentimientos ante la lectura durante el confinamiento.



Fuente: Hábitos de lectura y compra de libros 2020.

incluye una sección con el título de El papel del libro y de la lectura durante el periodo de confinamiento por COVID-19 en España. Según el mismo, durante los meses centrales del confinamiento el número de lectores frecuentes de libros aumentó siete puntos respecto al año anterior, pasando de un 50 por ciento de la población estudiada a un 57 por ciento. El dato es significativo puesto que la noción de lector frecuente se reserva para aquellas personas que leen por lo menos alguna vez a la semana, esto es, que lo hacen todos los días o una o dos veces por semana. No solo aumentó el número de lectores frecuentes, sino también las horas dedicadas a la lectura en todos los sectores de edad, sobre todo en los tramos de los menores de treinta y cinco años. Las razones para este incremento significativo se relacionan con las posibilidades ofrecidas por los libros para la desconexión de la situación externa, la reducción de la ansiedad y otros problemas, y la recuperación de una actividad relegada por falta de tiempo.

La crisis del COVID-19 supuso la inmovilización del comercio y colapsó toda la cadena de valor del libro tradicional. Autores, editores, bibliotecas y librerías se vieron gravemente afectados con una caída en los volúmenes de su tráfico habitual alarmante. Con una aparente excepción, la lectura. A tenor de los datos que iban arrojando los principales centros de análisis y estudios culturales las prácticas lectoras habían experimentado un renacimiento durante el periodo de confinamiento obligatorio, gracias al sector editorial, que facilitó el acceso gratuito a una gran cantidad de obras y, sobre todo, a la disponibilidad digital de un gran contingente de libros accesibles para su descarga y lectura. Tanto desde los catálogos de las redes de bibliotecas públicas, como desde las plataformas en streaming se facilitó la circulación de títulos de todo tipo, con un gran incremento de un formato ascendente en los consumos digitales, el de los audiolibros.

Lo que no habían conseguido sofisticados estudios y planificaciones culturales, exhaustivas campañas de promoción y estímulo de la lectura, agotadores mensajes, competencias horizontales y programas institucionales, lo

había forzado, paradójicamente, una situación extrema que había situado a la humanidad al borde del colapso. Por otra parte, Guren, McIlroy y Sieck (2021) en el informe realizado para *The Future of Publishing*, demostraron cómo los grandes grupos editoriales se habían visto beneficiados por la estrategia que les indujo a priorizar los canales digitales durante la pandemia. En la misma línea Shatzkin (2021) subrayaba lo contradictorio de una situación que, a pesar de la gravedad, para amplios sectores de la industria editorial había resultado una bendición. Si en el ámbito comercial se podía apreciar una cierta ambivalencia, según los canales afectados, en el cultural y social, parecía apreciarse un beneficio neto, propiciado por unos rendimientos lectores inesperados.

Pero ¿se puede colegir de estas afirmaciones y hechos que la pandemia había conseguido hacer lectores? ¿tan fácil o transparente es la fórmula para que la población practique un hábito que, aparentemente, prende con dificultad y requiere de complejos adiestramientos? ¿estábamos recurriendo a herméticas y costosas metodologías cuando el secreto radicaba en la navaja de Ockam?

Desgraciadamente, la crisis no ha descubierto el *Ars Magna* de la lectura, pues lo que las cifras muestran es una intensificación de esta entre los ya lectores, sobre todo en los nuevos entornos digitales, y no tanto la incorporación de nuevos practicantes. Esta circunstancia no es extraña cuando una de las razones aducidas para no leer más es, en todas las encuestas, la falta de tiempo. Es el motivo mayoritario entre los lectores, alcanzando un 67 por ciento entre la población de treinta y cinco a cincuenta y cuatro años, como figura en el último informe de Hábitos de Lectura y Compra de Libros. Si algún efecto positivo tuvo el periodo de confinamiento fue esta mayor disponibilidad temporal. La caída de las cifras de lectura a valores previos a la pandemia, tras la relativa normalización, no hace sino confirmar esta hipótesis y ratificar el axioma de que la lectura es un fenómeno multifactorial y complejo cuya práctica regular obedece a la intervención de un conglomerado de acciones necesarios para vencer la tendencia natural hacia opciones menos exigentes y más gratificantes. Entre los jóvenes de quince a veintinueve años la lectura ocupa el noveno lugar entre sus prácticas de ocio, después de las de chatear y navegar por internet, ver series y películas, estar con amigos, hacer compras online, jugar con videojuegos y consolas, salir a comer o cenar fuera, hacer deporte, y ver lo que ponen en televisión, tal y como figura en el informe desarrollado por la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción en 2019.

La lectura no es una actividad cómoda, sobre todo en relación con otros medios cuya exigencia cognitiva es mucho menor. En una entrevista mantenida en el año 1985 la autora uruguaya Armonía Somers mantenía que la lectura había de ir más allá de la anécdota, y que lo mismo que hay que aprender el oficio de escribir, había de hacerse con el oficio de leer. Con estas palabras no se refería a la mera alfabetización, sino a esa práctica de carácter holístico en la que están concernidos tantos factores que su ejercicio constituye una trama apasionante, pero compleja, que como todo oficio, precisa de la integración de muchos elementos en la consecución de un objetivo común: la percepción crítica y consciente de diferentes tipos de discursos. Esto, que era una evidencia en los textos impresos, se ha convertido en perentorio en el ámbito digital, en el que a las habilidades convencionales han de sumarse las propias de un en-

torno tecnológico en permanente renovación, en el que la legibilidad entraña no solo el diseño textual y paratextual, sino el concurso de elementos de interoperabilidad y socialización implícitos en los nuevos sistemas. Significante y significado, texto y contexto, formato y contenido, aparecen por primera vez en la historia sujetos a decisiones que son editoriales, pero también tecnológicas, en la medida en la que la optimización de la práctica lectora depende del conocimiento de la lengua, pero también de las condiciones de publicación y de las funcionalidades implícitas en el software (aplicaciones principalmente) y el hardware (dispositivos utilizados).

EL TRATO CON LOS LIBROS: BURY, MONTAIGNE Y LOS LIBROS VOLADORES

Decía Hustvedt que no somos lo que comemos sino lo que leemos (2022, p.117). Por ello no es extraño que el ámbito del libro y de la lectura haya sido objeto de exhaustivos y pormenorizados análisis desde fechas muy tempranas, pero sobre todo a partir del nacimiento de la imprenta cuando el entorno del libro y de las prácticas asociadas al mismo, comienza a visibilizarse saliendo de la esfera privada de los monasterios para encarnarse en un consumo cada vez más expandido y privado. No obstante el interés por este campo aparece en numerosas obras anteriores que, con mejor o peor fortuna, intentaban describir una práctica considerada exótica y minoritaria.

Un caso curioso es el que representa Richard de Bury, tutor del príncipe de Gales, obispo de Durham, Canciller mayor, Tesorero de Eduardo III de Inglaterra, embajador, diplomático y bibliófilo, que terminó su *Filobiblión* en 1344, un año antes de su muerte. Desde su posición privilegiada consiguió tener unas de las mayores bibliotecas de la época. Su relación apasionada con los libros, con la cultura en general lo llevó a mantener correspondencia con los autores más significativos de su tiempo, como Dante. Y esta pasión por los libros es lo que logra transmitir este humanista del siglo XIV con un estilo apasionado, pero también trufado de ironía y humor. Así podemos leer uno de sus capítulos más logrados, el 17: de cómo se han de tratar y colocar los libros con pulcritud y limpieza en el que nos encontramos con vitriólicas descripciones como la del trato que los estudiantes dispensan a los libros, que reproducimos a continuación:

Quizá hayáis visto a un joven duro de mollera, perezosamente sentado en el estudio mano sobre mano, que, mientras azota el frío del helado invierno, le empieza a destilar la nariz humedecida por el rigor del frío, y antes de dignarse limpiársela con el pañuelo, empapa con tan torpe rocío el libro que está debajo. ¡Ojalá que en lugar del libro le hubieran colocado un cuero de zapatero! Tiene las uñas llenas de hedionda inmundicia, más negras que el azabache, y con ellas señala el pasaje que le ha gustado. Siembra de pajas el libro, y las va colocando ostensiblemente en diversos lugares, para que le recuerde la brizna lo que la memoria no retiene... Tampoco tiene empacho en comer fruta y queso sobre el libro abierto, y en pasear el vaso perezosamente de acá para allá; y como no

tiene a mano el taleguillo de las limosnas, deja en los libros las reliquias de los restos... (De Bury, 2021)

Continúa el autor criticando a los que introducen flores en la primavera, a los que mutilan desvergonzadamente las hojas, a los que no se lavan antes de leer, etcétera.

FIGURA 3. Edición no venal de Filobiblión.



Encontramos en esta obra desde recomendaciones sobre el mejor modo de prestar los libros hasta extensas reflexiones sobre la costumbre de destruirlos tan socorrida en la historia, o calificaciones inmisericordes para los que tratan con descuido: «Raza de víboras, aniquiladores de los propios padres, y casta perversa del ingratisimo cuchillo que, en cuanto se siente con fuerzas, mata con ellas a la misma nodriza que tan liberalmente se las dio: así son los clérigos degenerados con los libros». Toda la obra rezuma una defensa de la cultura del libro, de la lectura como valor superior del conocimiento muy oportuna para introducir igualmente un motivo de reflexión general sobre el tema. La obra fue objeto de una edición conmemorativa del Día del Libro 2001, hecha en Salamanca por encargo de la Junta de Castilla y León, con prólogo de Gonzalo Santonja,

basada en el texto fijado por Federico Sainz de Robles en 1946. Fue objeto de varias ediciones en Anaya y Cátedra, con traducción del latín de Emilio Pascual Martín, y de una edición on line disponible para lectura pero no para descarga, legible con el sistema Issuu, en la Casa Taller las artes del Libro, sitio en el que se pueden encontrar igualmente una gran cantidad de clásicos de la tipografía y la encuadernación, disponibles para lectura on line a través de su página web: <https://issuu.com/casatallerlasartesdelibro/docs>.

Unos siglos más tarde Michel de Montaigne dedicó uno de sus ensayos a los libros. Con el título *De los libros*, realiza un breve excursus sobre sus lecturas, los criterios de elección de los autores que le gustan, y otros aspectos relacionados con la memoria y el olvido en las prácticas lectoras de completa actualidad hoy en día. Publicado como el capítulo x del libro II de sus ensayos, puede leerse de manera independiente en la atractiva edición ilustrada que hizo la editorial Nórdica en el año 2019.

En la obra de Montaigne, como en el resto de sus ensayos, encontramos no solo un estudio sobre el conocimiento externo, sino también sobre la intersección entre el yo del autor y aquello que estudia: «Solo busco en los libros el gusto que me proporcione un honrado entretenimiento; o, si estudio, solo busco la ciencia que trate del conocimiento de mí mismo y que me instruya en un bien morir y un bien vivir. [...] Con las dificultades, si con ellas me topo al leer, no me como las uñas; ahí se quedan tras haber arremetido contra ellas una o dos veces. Si me quedase plantado, me perdería y perdería el tiempo, porque tengo un carácter impulsivo: lo que no vea de primeras menos lo veré si me empeño. Nada hago si no es con buen humor, y el empeño y la presión exce-

siva me ciegan el entendimiento, lo amohína y lo cansa. Se me turban y se me distraen los ojos, tengo que apartarlos y volverlos a fijar a trompicones: de la misma forma que para apreciar el brillo del escarlata nos ordenan que pasemos la vista por encima y en varias veces, apartándola de golpe y volviendo a mirar luego. Si tal libro me resulta enojoso, tomo otro y no me dedico a aquel más que en las horas en que empieza a adueñarse de mí el hastío de no hacer nada. No me intereso en los recientes, porque los de los Antiguos me parecen más completos y más recios; ni en los griegos, porque mi criterio no sabe ejercitarse de verdad cuando entiendo de forma pueril y como un aprendiz».

En las obras sobre la edición, el libro y la lectura, observaremos que los paratextos, y sobre todo las cubiertas juegan un papel fundamental, por su carácter enunciativo, referencial y denotativo. De ahí que sean objeto de análisis y breves comentarios en el conjunto de obras que exploraremos cuando se estimen significativas. Es el caso del Opúsculo de Montaigne, en el que la cubierta muestra una vocación de modernidad y conexión con un segmento de población más joven, proclive a valorar una estética que, en cierto modo, está emparentada con el mundo del comic, la novela gráfica y aquellos géneros en los que se huya de la formalidad inherente a la literatura canónica. La representación de un personaje, de Montaigne, en actitud meditabunda, que pasea sosteniendo un libro bajo el brazo, rodeado de cientos de libros voladores, una encarnación de su mundo, de su entorno libresco, evoca el contenido de la obra, e invita a visitar un libro cuyas reminiscencias iconográficas son desenfadadas e inspiradas por la levedad de esas obras que carecen de peso y circulan libremente como emanaciones del pensamiento del filósofo.

La imagen del libro que vuela evoca otra cubierta, la de *Los fantásticos libros voladores del Sr. Morris Lessmore*, un libro escrito por William Joyce (2020) e ilustrado por él mismo en colaboración con Joe Bluhm. En España fue editado en castellano por Alfaguara y en catalán por Andana Editorial. La narración está inspirada en el cortometraje del mismo título, *The fantastic flying books of Mr. Morris Lessmore*, que obtuvo un Oscar al mejor cortometraje de animación en la edición de los premios de la Academia del año 2012. Aunque dirigida a un público infantil, se puede leer sin distinción de edad, pues trata sobre el poder terapéutico de la lectura y de los libros, de su vinculación con las experiencias cotidianas y de su carácter mágico.

Tuvo un desarrollo como libro aplicación por parte de Moonboot Studio, descargable para Tablet, tanto en IOS como en Android, gracias a la cual el lector puede interactuar con la obra física de formas diversas: motivando movimientos de objetos y personajes, participando de las propuestas de juego: una sopa de letras para componer palabras y compartirlas, un rompecabezas para arreglar libros rotos; incluso, puede tocar un piano. Además, esta aplicación

FIGURA 4. Cubierta De los libros.



cuenta con una versión con tecnología de realidad aumentada que proporciona una experiencia diferente en la que es posible entrar en la biblioteca del señor Morris o ver cómo los objetos vuelan por nuestra habitación.

La asociación entre vuelo y lectura no es extraña y aparece vinculada en múltiples obras e imágenes, como un trasunto del viaje que emprende la imaginación cuando se sumerge en cualquier libro de creación. La editorial Rialp, por ejemplo, emplea una imagen muy similar a las anteriores en la cubierta de la obra de Julio Martínez Mesanza, *La calle de la reina Ester*, publicada en 2018, en la que el poeta evoca múltiples lecturas de Lucrecio, Dante, Petrarca, Lope y Péguy, Livio, San Agustín, Pascal, Johnson o Chateaubriand.

Pero si los libros voladores adquieren un rango narrativo congruente y definitivo, es gracias a la pluma de Juan José Millás que centra en esta circunstancia la trama de su novela *El orden alfabético*, una obra en la que la imaginación desbordante del autor emplea los artificios de la literatura para transformar una anodina enciclopedia o colecciones de obras encerradas en bibliotecas, colegios y otros sitios en protagonistas de una aventura surrealista, pero dotada de una extraña verosimilitud. «Toda la mañana vimos pasar libros, así que en seguida supimos que se trataba de un fenómeno general. No sólo huían de los colegios, sino de las bibliotecas públicas y de las casas y de las librerías. Hubo un momento, en torno al mediodía, en el que el cielo se oscureció por la cantidad de volúmenes que lo sobrevolaban» (Millás, 2010, p. 15).

FIGURA 5. Cubierta de *Los fantásticos libros voladores*



UNA DISCIPLINA EN DESARROLLO

Los estudios sobre el libro y la lectura han gozado de un gran predicamento y tradición en el ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales, constituyendo una de las áreas de investigación más prolíficas a lo largo de la historia. Durante todo el siglo xx se fue configurando una corriente de pensamiento que postulaba que el objeto de la Bibliografía, como ciencia, era la historia del libro en todas sus manifestaciones. Autores como Greg, Pollard, MacKerrow, Esdaile, Cowley, Serrai, Estivals, McKenzie, Laufer, Breton, Chartier, de una u otra manera habían postulado la necesidad de estudiar el libro desde perspectivas muy diversas, dando lugar a la bibliografía material, la sociológica o la bibliografía analítica, en un intento de agotar los intereses de investigación que propiciaba un objeto tan versátil como el libro, cuyos orígenes y desarrollos posteriores, sobre todo a partir de la invención de la imprenta, han dado lugar a miles de estudios. No es extraño que una de las publicaciones con mayor consistencia y tradición sea la *Annual Bibliography of the History of the Printed Book and Libraries (ABHB)*, que desde 1970 publica Springer bajo los auspicios de la IFLA y que recoge en cada uno de sus volúmenes publicaciones de carácter académico incluyendo monografías, capítulos de libro, artículos y críticas, sobre la historia del libro impreso, sus artes, técnicas y equipos, su entorno económico, social y cultural y sus procesos de producción, conservación, distribución y descripción. Más específicamente, ABHB contiene información sobre la historia de la imprenta y la edición, fabricación de papel, la encuadernación, la ilustración de libros, la bibliofilia, etc. Son numerosas las colecciones creadas para recoger la producción editorial sobre esta área, como la Biblioteca del libro, de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en la que encontramos estudios sobre edición, lectura, bibliotecas y, en general, todo el amplio ecosistema que configura el mundo de lo impreso, pero también su transición hacia lo digital. Con 79 títulos publicados desde la década de los 80 del siglo pasado hasta los primeros años del siglo xxi, se erigió en una de las colecciones de referencia para los estudiosos de este ámbito que pudieron encontrar traducciones de textos canónicos hasta entonces imposibles de encontrar. O la colección Instrumenta Bibliológica de la editorial Arco Libros, que con cerca de medio centenar de títulos recoge una importante producción sobre historia del libro, la edición y la lectura, con obras emblemáticas como las de Mckerrow sobre bibliografía material, estudios de Jaime Moll, Sánchez Mariana, Martín Abad, etcétera.

Se trata de miradas dirigidas sobre todo al libro impreso y sus desarrollos durante los primeros siglos de la imprenta, que parecían haber encontrado su límite en el siglo xx, en el que muy pocos estudiosos se adentraban, quizá por-

FIGURA 6. Cubierta de La calle de la reina Ester.



que es entonces cuando la historia del libro se entrecruza con la historia de la edición y esta reviste unas particularidades difíciles de abordar desde una perspectiva tradicional, pues en ella se hibridan lo literario, con lo sociológico, lo económico y lo político. En este ámbito fue la censura el tema más abordado, gracias a la disponibilidad documental que, en el caso de España, aportaban archivos como el General de la Administración. Pero la edición contemporánea como tal escapaba de cualquier tipo de aproximación, confinada a desiderátum que no acababan de cuajar. Es muy significativo como en las instituciones académicas un elemento nuclear en los sistemas de comunicación había merecido escaso interés, y si lo estaba recibiendo era en tanto que sistema en fase de desaparición, colapso o suplantación por tecnologías emergentes como la digital, para las cuales los sistemas de producción, distribución, comercialización y consumo tradicionales les sirven como referente para establecer contrastes favorables a los nuevos medios. Por alguna extraña razón la edición no figuraba entre los rincones académicos. En términos generales muy pocos estudiosos de Ciencias Sociales se han aproximado a la edición como disciplina de investigación. La rama de Sociología del Conocimiento o la de Sociología de la Ciencia rara vez se ha preocupado por la publicación de libros como un aspecto nuclear de sus investigaciones. En todo caso, cuando lo ha hecho y referido sobre todo a la producción científica a través de artículos de publicaciones periódicas, se ha preocupado por la creación y uso de la investigación, pero raramente con las formas de transmisión de este conocimiento. Incluso el estudio académico del uso del conocimiento, desde el punto de vista de la bibliometría o de la cienciometría, únicamente ha considerado cómo los científicos e investigadores utilizan el conocimiento, pero muy infrecuentemente cómo esta información es comunicada. Quizá la razón de estas carencias radique en la ausencia de publicaciones especializadas que pudieran dar cabida a estas investigaciones, y por tanto la inexistencia de público interesado en su lectura y asimilación. Pero este es el problema del huevo y la gallina, existen pocas publicaciones porque no hay investigadores o no hay investigación porque no hay publicaciones que le den salida. En realidad, el panorama no es tan negro como hemos apuntado anteriormente, aunque esto no signifique que invoquemos razones para el optimismo. Una realidad incontrovertible es que existe un campo de investigación autónomo, potente y con una capacidad de proyección sin limitaciones, que es el que abarca todo lo relativo a la actividad editorial, desde todos los puntos de vista. Existen personas preocupadas por analizar este extenso campo, existen publicaciones que dan fe de ello, lo que falta y les resta visibilidad, es la agrupación de estos estudios, que existen, en publicaciones que sirvan para homogeneizarlos y conferirles un cuerpo y un canal del que hasta ahora carecen. De todos modos, se puede afirmar que las universidades, centros de investigación e investigadores en general han ignorado en gran medida al libro y a la edición como objeto de formación y estudio.

Esta situación comenzó a cambiar en los comienzos del siglo XXI y empezaron a surgir monografías y revistas que analizaban el fenómeno editorial, no solo desde el punto de vista histórico, sino técnico y procesal. Estudios como los del profesor Jesús A. Martínez sobre la historia de la edición en España, los de Sergio Vila-Sanjuan (Pasando Página), o Xavier Moret (Tiempo de edito-